

Saludamos con este número a Miguel Angel Asturias, primer centroamericano que obtiene el Premio Nobel de Literatura.

Hay en sus libros un rico manantial de la individualidad indo-latina. La expresión viva de hechos y personajes salidos de la cruda realidad centroamericana.

La obra de Asturias incorpora además a la temática universal los fabulosos caracteres de la cultura pre-hispánica, especialmente leyendas y mitos maya-quichés.

Autor de novelas que reflejan vicios y miserias de la América Central; cuentista barroco con mucho de brujo maya, a pesar de su nombre renacentista y su apellido muy español; poeta de gran valía, Asturias está demostrando al mundo que América Latina sí tiene ya una literatura propia y un numeroso grupo de escritores (Cortazar, Vargas Llosa, García Márquez, Guimaraes Rosa, Fuentes, Paz, Neruda, Arriola, Carpentier, Lezama Lima, Sábato, Rulfo, Pellicer, Parra, para citar sólo unos cuantos), cuya obra está en capacidad de decir, enseñar, a la de otros Continentes.

Como en el caso único de Darío, el extraordinario poeta, Europa tiene que volver sus ojos hacia América Latina, donde además del fenómeno creador de sus artistas, se siente el sacudimiento de varios siglos de atraso y opresión.



MIGUEL ANGEL ASTURIAS (Premio Nobel de Literatura, 1967)

LA PAJARA PINTA

PUBLICACION DE EDITORIAL UNIVERSITARIA

Director: Italo López Vallecillos

Año III

San Salvador, El Salvador Marzo de 1968

No. 27

B o l í v a r

*Las veces que dije que no era la playa de pecho de arena,
sino su caballo!*

*¡Las veces que dije que no eran las olas de crines de espuma,
sino su caballo!*

*¡Las veces que dije que no eran mareas de cascos oleantes,
sino su caballo!*

*¡Las veces que dije que no era el tasquido del golfo en el freno
sino su caballo!*

*Pescadores de perlas van abriendo
las conchas, silenciosos. Es un juego
de tristezas salobres y de esclavos.*

*¡Cuánto nácar difunto! Mas ya llega
el que en el pecho trae el arco-iris,
los colores del sol y las banderas.*

*De confín a confín rueda los ojos
y no ve más que el mar que no se acaba.*

*Aldabea los dedos de su pecho
lleno de astronomías populares
y en tono de refrán habla a los hombres
que en el agua se casan con las perlas.*

*—¡El cerebro es la tripa en la cabeza
y hay que hurgarlo para encontrar la idea,
esa gota purísima! ¡Pensar es un cuchillo!*

*Y al quedar en silencio oyen su frente
quemada por el hierro —¿El Chataima?,
se pregunta la isla,
cordelera de secos arreboles.*

*Y es a todo pavor, cuchillo en mano,
que se busca en las conchas coloniales
la libertad del hombre, perla rara.*

*¡Afuera la camisa para el baile,
el pellejo y la vida!*

Huesos de isla quedaron insepultos...

*¿Y la perla? Mejor tragarla a solas
oleante el pecho. De la perla se habla
cuando el yugo comienza a ser cansancio.*

*Y a cuchillo. Otra vez a cuchillo.
Bolívar es la lucha que no acaba.
Prueba la miel de un trozo de colmena
para endulzar su labio y presto escupe.
No hay que probar dulzura que se forje
en cárcel o prisión, sea de cera,
que harto dura es la cera si con ella
la aurora de los libres se detiene.*

*¿Por qué no ve a los astros? La chamarra
le sirve de telón, guarda los ojos,
tiene miedo a la hormiga y a la harina,
si la harina de Dios son las estrellas
y la hormiga no es otra, sino El...*

*Alzar la frente, contemplar el cielo
y pensar en libertar a tantos mundos,
sería uno. La chamarra es honda
y el juego del virac le basta al hombre.*

*Suelta la brida en la tiniebla blanca,
sentía los ijares del caballo
con pulso de amapala en sus tobillos.
¿Por qué esa geografía de raíces
se en cada río libre van espadas?*

*Hundir los puños y sacar el agua
los aceros de lenguas transparentes
en que la sangre suda sus rubies.*

*Parpadeo de estrellas derretidas.
Escucha el resollar de sus soldados.
El flúido resoplón de los llaneros
que más parece que en sus lanzas
llevaron las narices. Los andinos
del aliento mordido entre los dientes.
Y en esa muelle cama de resuellos,
como en resortes de profundo pueblo,
se duerme el Capitán.*

Perfil en Sonido

*Aves de granizo
aves de vuelo autónomo y caudal,
aves mercuriales, litúrgicas, de hielo,
apenas toleradas en la constelación de los lebreles,
plumaje de humo pétreo, pico con olor metálico de sangre,
centinelas de un lago planetario, ojo de cíclope
en la frente de un país perdido entre las nubes!*

*Ascendió de las costas de clima de placenta
a las mesetas, de las mesetas a las cumbres,
de las cumbres a lo más alto del planeta.
La atmósfera sin cielo, los nevados sin párpados,
el altiplano consumido por el viento.*

*Picachos, cresterías, macizos hacia adentro esculpidos,
sólo visibles cavidades del otro lado de estas moles
se mirará el relieve, aquí sólo el vacío de las formas,
el espacio desnudo y el silencio.*

*¿Quién va por la planicie entre el sol y la nieve,
entre el oro fugaz y tanta eternidad amontonada?*

*La cabellera dulce de una mujer, su risa,
el ámbito amarillo de su falda en corolas.
El grito del que llora su alegría.
Los abuelos cocidos en arena.
Las llamas, sólo ojos, triscando los bigotes
de indios enterrados bajo copas de pino,*

*Por el arco de dos hombres de piedra,
el vano del arco donde la raza tuvo el corazón,
pasa la solar hermosura hacia el mar dulce de los Andes
y pasan sus ejércitos de fuego,
los maizales, ejércitos de lenguas,
los pajales, ceniza de oro frío,
y el talón, y los dedos, y la huella
del Héroe vestido de inmensidad dormida.
Parpadeo y resuello de afilada nariz
hecha al sollozo. Ahora pasan las indiadas
más ágiles que el aire en son de guerra.
Van vestidas de harapos, harapo sobre harapo,
plumaje de miseria, y vuelven más calladas,
desnuda libertad vestida de banderas.*

*Hablan es sólo ruido de chocantes injertos
más antiguos que el hombre; injerto en la garganta
del aullar del lobo, del bramido del toro,
del balar de la oveja y el vuelo de los cóndores
perdidos en el aire que rodea la tierra.*

*En el lago sagrado, donde se vuelve niebla
de oscuridad el tiempo, flotan islas de brea
caldeadas por cuniculas de espuma.
son los pasos, las huellas
del Héroe hacia el templo.*



Soledad Frente al Mar

*Hablo de soledad y se acorola
dentro de mí el corazón que es solo,
pues todo corazón siempre está solo
en esta soledad de ola tras ola...*

*Hablo de amor y surge, caracola
del mar, mi compañera en soledades;
los amores son grandes soledades
y junto a mí y frente al mar, qué solos.*

Nocturno del Entonces sin Entonces

*Junto a las viejas aldabas
vi el recuerdo opresor de las arañas;
qué entero era el hierro y yo qué entero.*

*La dulce geometría de las lágrimas
y el suspiro al volar de los insectos
ponían vida en lo que ya era muerto;
el hierro qué entero y yo qué entero.*

*Sin nacer, sin morir, donde las viejas algas
se rejuvenecen a la luna, primavera del oro,
volví a ser lo que era,
ceguera cadenciosa,
ceguera de la noche y de las rosas
y entonces sin entonces,
recostado en el milagro azul de la alborada,
volví a creer en la mujer y el verso
y olvidé las arañas disecadas
junto a los aldabones de las puertas;
qué entero era el hierro y yo qué entero.*

Diosa de las Palomas de la Ausencia

*En la mirada te llevaba el agua,
Diosa de las Palomas de la Ausencia,
en el pico la estrella matutina
y de paloma, el Sol, en su piragua.*

*Vistes fresco güipil de luna fría
y sobre el gran rubor, telón plegado,
el corte de la enagua. Pies de brasa
sin ceniza, descalza todavía.*

*Te persigue madeja de lebreles
que pasa por mi sueño, que se ovilla
a beber alma, pronta y asustada;*

*y te pierdes, Mayo de mariposas
que avientan en mi carne la semilla
de ocultos dioses que al amor me entregan.*

Mar y Rosa

*Todo el mar estudiado en una rosa,
los pétalos en mar y en flor las olas,
allá la sal y aquí la aguda espina.*

*De color amarillo en la mañana,
blanca de soledad al mediodía
y roja en la marea de la tarde.
Todo el mar estudiado en una rosa...*

*peregrino de sueño con reflejo de piedra
que se copia en el agua,
mientras su voz terrestre,
su perfil en sonido,
lo guarda entre los fillos de los dientes nevados
la boca de Bolivia.*

Credo

*Creo en la Libertad, Madre de América,
creadora de mares dulces en la tierra
y en Bolívar, su hijo, Señor Nuestro*

*que nació en Venezuela, padeció
bajo el poder español, fue combatido,
sintióse muerto sobre el Chimborazo
y con el iris descendió a los infiernos,
resucitó a la voz de Colombia,
tocó al Eterno con sus manos
y está parado junto a Dios!
No nos juzgues, Bolívar, antes del día último,
porque creemos en la comunión de los hombres
que comulgan con el pueblo, sólo el pueblo
hace libres a los hombres, proclamamos
guerra a muerte y sin perdón a los tiranos,
creemos en la resurrección de los héroes
y en la vida perdurable de los que como Tú,
Libertador, no mueren, cierran los ojos y se quedan velando.*

ROQUE DALTON

CONFERENCIA DE PRENSA

*Memorias confusas
una y otra vez,
recogen el sueño
en amarga red.*

Claudia Lars

*Oh tú, animal revolcado en las
sociologías, obsesido por lo sexual...*

Después de tanta agitación para llegar a tiempo, ahora resulto llegando sudoroso y tempranísimo y (por supuesto) sin que nadie haya asomado la nariz todavía. Bueno, la verdad es que siempre me pasa así: habrá que esperar y tratar de refrescarme aquí, sentado y solitario, silbando en silencio de la garganta al estómago algo que se parezca a la Vereda Tropical. Mientras tanto, en otro subnivel del ego (¡Dios mío!) pongámonos solemnes: mi último poema desechado es toda una lección. Felizmente fui yo mismo quien lo deseché: estuvo en una gaveta dos meses y, al revisarlo ahora, fue condenado: out. Es que cuando uno acaba de escribir sus pobres cosas, éstas lo engañan fácilmente. Ah, el débil ojo, el desvalido ojo que no puede estrenar poemas para sí: según el cada poema nuevo es una obra de arte incomparable por lo menos desde algún punto de vista (qué catarro tengo, madre mía). Claro, debo aceptar que el título de la primera parte no está mal: Llaves de la Salvaje Inocencia. Pero el problema no ese, el problema estriba en convencerme (estriba, qué palabra equívoca), el problema, digo, está en convencerme de que efectivamente he resumido correctamente mi infancia, cosa difícil no sólo por lo que fue de rara mi infancia, sino precisamente por la conveniencia de eliminar todo lo que no refleje, aunque sea aproximadamente, la infancia de quienes lean el poema. Incluidos David Alejandro Luna de Sola, de oficio biógrafo; Eraclio Zepeda, mi hermano de leche porque alguna vez chupamos de una misma teta; Frida Schultz de Mantovani, tan viuda; Rosa Lima, la pedorretera baletista a quien todos nombraban "la Rosa de los Vientos"; Talepate, mi maestro de trompo, en fin, y el Ministro del Interior de Honduras o el Paraguay. Me gusta en el poema lo referente a las ataduras sociales, a la Gran Alianza, como dice el texto, que por cierto hoy me traen tan herido. Pero creo que debo imprimir más aún al enunciado de los hechos el tono de inocente comprobación. Será en otro poema: éste es out pues con la infancia no se juega: matutinidades de reales vientos de Octubre, dominadas por una molición más añorable que toda la poesía iuglesa, aprendizaje de estilos para bien vivir que al cabo sólo quedan persistiendo en calidad de la musiquita de un instrumento raro, pasado de moda al menos, sin ningún papel que jugar en esta edad tan aficionada al recuento enemistoso. "Retrotarse es caer de espaldas, diciéndolo en el buen decir". Yo dije: mi infancia es un arma secreta y si adivinara frutos al final, reclamaría la patente. Los tiempos actuales pueden perdonarse: no rememoro con rencor, amo los días de hoy, sin inconvenientes. Pero (si yo tuviera...) terminó esa edad, la era del pachuli, el siglo de los chupabesitos, los milenios amargos—incluso—del aceite de castor con jugo de naranjas. ¡Qué fiebres aquellas del peor mal de estómago! Bien fregado uno en la torre del mediodía, con el ilógico tas-tas de los dientes como en el infierno mínimo y oscuro debajo de la picona

cobija chapina (donde Silvia—superada mi etapa de la dedicación a las primas—se transformaba en un diablito extraño y me decía: "Mira qué honitos mis calzones" y luego salía corriendo, pero ya no como un demonio sino como una hoba divina, anunciadora de camanances para niños) con los quetzalitos verdes, digo, la cobija, y sus puntas barbudas y tan entrometidas en las orejas y en la nuca, sediciosas más bien en el reino del sueño pacífico. Quisiera caer entonces (en vista de ello) en la pilita fresca de la gran casona de Sonsonate, entre los cisnes negros y las tortugas que nacen milagrosamente bajo las piedras secas e infinitamente pateadas y las lanchitas hechas con carapachos de copinol devastados a puro pulso con la mitad de una gillete y un pedazo de lija número uno, igual que los amorosos capiruchos de carretes de hilo Llave (a propósito: hay que anotar en tu caja-del-recuento-de-deudas la última vez que escribiste sobre el hilo Llave, a saber: "Mándame también unas agujas y un carretito de hilo Llave del fuerte, pues como soy tan tonto para lavar los pantalones me facilito el trabajo con un pashte. Esto tiene el inconveniente de que los botones se arrancan con facilidad. Las agujas deberán ser introducidas subrepticamente pues el reglamento las prohíbe. No se preocupen demasiado por mí. Estoy bien, todo lo mejor que se puede, sobre todo del ánimo. El último interrogatorio fue especialmente idiota. Los oficiales mismos parecían convencidos de que sólo se trataba de probar que la policía política sirve para algo. Lo de mi culpabilidad o no, es cosa de los jefes, parecían decirme con su actitud. Si esta nota le llega normalmente házmele saber de inmediato por la vía habitual. Reciba un millón de besos de... " Y yo que siempre perreo haciendo gozar con ese cuento de Frankenstein: madre sólo hay una), y caer también en ese sueño fresco y tocable al pie del agua verde y sus duros fantasmas paternos (hijole, hoy debí recoger las pruebas del libro de Caillois y corregir en galeras el poema de Pablo; ¡qué bellas ediciones vamos a hacer! Pero ahora es demasiado tarde, no podría ir y volver a tiempo. Aunque la verdad es que aquí sólo parezco un idiota. Vine demasiado temprano, ya lo dije. Mi excusa normal es la de no tener reloj, la más elaborada es la que explica que no compro reloj porque ya me aburrí de quebrarlos en mi perenne gesticular. Pero el problema verdadero es la falta de plata). Párpados, para qué los quiero. ¿Para echar fuera la vitralería hiriente del aire, los afanes del mundo por pintarrajearnos el alma con su cuchillo sucio? ("No, esto es para otro libro, tácheme todo lo de arriba, Maistro Medrano". Periferia; irresistible buscona de niebla). Debería haber tomado las pastillas para terminar con este asedio inasible de lagartijas... ¡Ah! "Herida por el sol/el ojo alerta/parece una raíz que se despierta/y desde el fondo de la tierra sube": Finca Esther, 1952, con Napoleón, Luisón y Toño Alas—*flor de ilusión sueño de amor tralalalalal-tralaila-llá o tengo una perra que se llama la Canica*—Y Moncho Avalos (desnudo, haciéndose el dormido o el desmayado bajo la lluvia que escarbaba en la tierra y en la carne al caer, hasta que el Chino González lo agarró de los vellos y lo hizo saltar, pidiendo cacao) y todos los demás. Y el gran relajo, el gran chapandongo: nos tiramos guacaladas de orines en la disputa por el dormitorio, cuando el castigo para los perdedores sería dormir en el corredor mojado o en los dos cadáveres espantosos de los vetustos Fords que se podrían en el claro más cercano de la negra arboleda. A mí me capturaron los que yo pensaba que eran de mi grupo y me torturaron, echándome esterina derretida de una candela y nitrato de plata (poquito, la verdad) en la punta de la pirinola, hasta que Dios me iluminó para que le clavara a Luisón una escupida entre ceja y ceja. Todos claudicaron cuando

vieron que la vaina iba en serio, pues Luisón se pegó la reculada del siglo gritando: "Suéltenme a este hijueputa". Truji-Truji dijo que para qué íbamos a pelear si éramos compañeros externadistas e incluso Congregantes Marianos y que mejor nos acostáramos ya, que algo es algo dijo el diablo y se llevó al Mariachi Vargas de Tecalitlán, que ya mucho joder y que además él tenía que irse para San Salvador de madrugada pues mañana era primer viernes y tenía que terminar su cadena de comunicaciones de nueve primeros viernes del mes seguido, pues si uno se la echa ya puede hacerse hasta comunista o por lo menos más puto que los gallos porque siempre que tenga ocasión de morirse, y unque seya en el centro del desierto de Sahara, siempre-siempre, digo tendrá a la par un confesor ducho en extremaunciones. Entonces terminó la guerra, Luisón y yo fuimos a mear juntos sobre una mata de manzanas pedorras (yo todavía lagrimeando un poco, pero dispuesto a reír de cualquier cosa) y, para mayor señal de armisticio, agarros a Truji-Truji y lo amarramos de pies a cabeza y lo zampamos en uno de los Fords y no lo dejamos salir de la finca hasta el sábado. Eso es lo que quería decir de las lagartijas, señoras y señores. De las lagartijas y de las luces y de las golondrinas y de las rosas punzó corrompiendo sus venas inútilmente, pues bien a las claras se ve que van a desaparecer en sí mismas, pero por obra y gracia de la sequedad pulverizante (¡carajo de catarro! Podría decirse que es tan grave para mí como el ridículo para los latinoamericanos, si la misma frase no fuera tan ridícula y manoseada). Lo demás es pura atmósfera, pero lo cierto es que también aquí las paredes se descascaran. Es increíble pero es un hecho: aún en estos edificios nuevos y aparentemente duros como el vidrio. Parece mentira, insisto, pero tienen veinte o más pieles, feas y porosas, antes de que aparezca el noble ladrillo atrapado por el cemento caliginoso, con olor a caverna seca, de una caliginosidad conseguida a fuerza de masear telarañas que sólo Lucifer sabrá cómo es que llegan hasta allí entre tanto rigor albañileril. Uno empaña un poco la vista y sus diversos estratos microscópicos dibujan cabezas de ángeles vomitando, perfiles de don Francisco Gavidia, Eolos furiosos, cuadros de Delacroix, multitudes, plazas de Abisinia con todo y su sol, golas inversas para carpinteros sibilinos, embadurnamientos arrebólicos, crepúsculos, plectros del viejo Lito Landívar con todo y sus poemas para orquesta sinfónica. Tal vez debería salir, por otra parte, dar una vuelta por aquí cerca, pero no tengo para un té con limón ni para un trago decente. Solamente que a babosear en la librería de don Kurt (¿y esos cuatro tipos?) Buenas tardes. Parece que habrá una especie de público, ese disfraz de los intrusos, aunque no era eso lo convenido: tempestades todavía en los cajones negros de las nubes: como la ropa alcanforada, fuera de uso, de la anciana Fidelia. (No—momento—la cuestión de no querer público ni se acerca siquiera a cualquier idea exclusivista. Se trata simplemente de que no se cuecen los policias. Por lo menos mis policias: seguimiento azorador, sobre todo si uno sabe que eso quiere decir asimismo, otro sí, también, que, por ejemplo, no puedo hoy por hoy echarme un amante sin que se entere el Director General de Policía). Qué vas a creer, Orfeo: de la única nube indestructible, cambiante de ciudad a ciudad, de mundo a mundo, en el sacrosanto oficio de desconcertarnos. Eso, y quemar los ár (parece que los periodistas están en el corredor, es inconfundible su cuchicheo animal. ¿Por qué no acabarán de entrar?) boles y dinamitar las montañas pobladas de resplandores marinos, de sal turbia, como las tranquilidades del ciego en una prisión de desesperados, oliendo como esas abejas coléricas que se enredan en el cabello y hacen roncamente "zinnnn" (¿a

quién le decían de apodo "Zinnnn" porque parecía un zancudo pálido?) (¡Cómo tardan!) Ojalá no se suspenda la entrevista, necesito esos pesos como el estadígrafo apóstata una palmadita del jefe: todo el mundo debería leer las cartas de Dostoiévsky a su mujer y también mi interesante crónica, preñada de corolarios, sobre el diálogo acerca de Guatemala sostenido por Peña y Rubén Azócar mientras almorzaban en el derrugado Hotel Presidente con aquella profesora rubia de marxismo que creía que la vida es un aula poblada de chicos idiotas—crónica que no tiene nada que ver, por cierto, con la caverna económica de la correspondencia familiar dostoiévskiana, pero que me hace olvidar (ahorita) los problemas de la falta de plata en similar medida: distintas vías hay para alcanzar la tranquilidad de conciencia. Cómo se intercambiaron colmoyotes barbudos asustando a sus pobres portadores desde debajo de la piel del brazo, orejas lagrimeando una como gomosidad desde los filos agrietados. "En eso se conocen los obreros del Petén" dijo Peña, mascando casi su bigotón autónomo, como una araña de caballo, antes de que Rubén citara el aspecto turístico de una reciente Centroamérica, los viajes del irremediable Pablo, la fogosidad profesoral de César Godoy, la figura gorda de Virginia Bravo y ciertos personajes populares de las inmediaciones del Colegio de Infantes que no alcanzara a ver Miguel Angel Asturias, e iniciara dentro de aquel infernal intercambio verbal el mejor responso por la ingrata serpiente de cabeza amarilla que picara en la lengua al profesor sueco vestido de corcho, mientras éste le procuraba su diario baño de sol. Nombres fieramente amados desde el peor lado del muro confiante, sin un mástil al que apelar en los atardeceres que permitan ver lo que está detrás del horizonte en el gran espejo rojo del sol. Tú, la única a quien amo: no te reconozco desde aquí. Debería verte otra vez desnuda frente a la ventana, demostrándome que tu ciudad es la más bella del mundo. Era verdad, pero sólo cuando te servía de telón de fondo. El resto de los días horada las rosas con la sal de su aire. Eres el emblema del delirio royendo con dedos de ceniza viva y germinadora la vieja jaula del león, alguien con alta cifra (Oh sí, eran los periodistas...) *Qué tal qué tal si si adelante si fui el primero en llegar mi sangre inglesa por vía de algún pirata impreccador debe ser la culpable creo que los demás no tardarán siéntense por favor y con /la boca olfateando/ sudor y venas verdes/.* Vete: eres lo que estorba la muerte, lo único que me hace rehuir desde que caí en la cuenta—y caí mal—del alma carrarosa que deberé sobrelevar hasta mi temido fin de fiesta solitario, claramente inhurgable para quien no se desnude con todo el corazón de rubores antes de espiar nuestra bella inocencia culpable. Vete: llévate las raíces. No quiero pensar en ti, debo olvidar la forma de pensar en ti, no sé pensar en ti, caramba, no sé pensar en ti: pero llevo ya demasiados años repitiéndomelo, y no sólo a solas. Dura lección cantar, caer en la poesía. Sin embargo fue una buena idea de nuestro propio corazón la gran salida que ya Pepe veía cuando lloré aquella noche en las sombras del auto, después de la reunión en el Partido. "Canta y no llores camarada". En otra ocasión sería todo lo contrario, es decir, el mismo tipo de llanto, el del inexcusable, pero en el fondo todo lo contrario. Fue cuando Gustavo me gritaba: "Yo soy miembro de la base Julius Fucic en Lima, donde milita también mi compañera y te digo pos cholo, que un comunista no llora nunca, tas jodio pos cholo". Y la niña Chofi, enojada mientras movía sus bellas manos de anciana ciega, alcanzaba a decir tantito antes de que le viniera la tos mala: "Qué va, las lágrimas son veneno para los hombres: por eso hay que sacarlas pa fuera sin vergüenza".

Rosario Castellanos, Mujer Excepcional

Por RAFAEL GÓCHEZ SOSA.

Hablar de Rosario Castellanos es recordar el paisaje de México; del México bravo y legendario, bondadoso y resuelto, acogedor y libertario, desde el perfil de Netzahualcōyōtl hasta el tierno corazón de los Niños-héroes. Hablar de esta constante gota es internarse en la fotografía policroma que empieza en Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León o Tamaulipas, y termina en Chiapas, Campeche o Tabasco. Hablar de Rosario Castellanos es sentir el aire de Durango, Sinaloa, Zacatecas, Oaxaca. Hablar de ella es, en resumen, acercarse al ambiente de su pueblo buscando la sonoridad de las costumbres o la inquietud de noches capitales donde ruedan las horas en movimiento de luz intermitente.

Por espontánea asociación, al mencionar el nombre de Rosario Castellanos, nos llueven otros nombres de mujeres que han dado gloria y pujanza a la literatura hispanoamericana: Sor Juana Inés, Gabriela, Alfonsina, Juana de Ibarbrou, Eunice Odio, Claudia Lars, Claribel Alegría, para sólo mencionar unos cuantos nombres. Todas ellas son testimonio del fuego que guardan y cultivan mujeres a cuya sombra se cobijan millones de hijos de este continente que buscan a diario, en la lucha o en la oración, mejores formas de vida para alcanzar la paz.

Nace Rosario allá por el año de 1925. Con Luisa Josefina Hernández, Dolores Castro, Emilio Carballido, Jaime Sabines y Sergio Magaña forman grupo generacional que corresponde a los que se inician en 1950, con una tendencia de aproximación al público para complementar la obra del escritor.

Rosario Castellanos tiene una potencialidad de creación tan grande que escribe poesía, cuento, teatro, novela y ensayo. Escribe, además, artículos sueltos sobre temas variados en revistas y periódicos. Quince títulos respaldan la labor creadora de esta escritora que trabaja con sinceridad, sin bombos ni platillos, como corresponde al genio de los auténticos forjadores de caminos. Es tanta su sinceridad que una novela titulada "Rito de Iniciación", que trata sobre el tópico indigenista y sobre la problemática intelectual, no quiso darla a publicidad debido a que la consideró falta de equilibrio, requisito para toda obra nacida de las verdaderas fuentes creadoras. No muy común el caso, ya que muchos escritores mediocres hacen tal bulla con sus producciones que asustan al ya temeroso lector. Un escritor superior es el más despiadado crítico para con sus trabajos. Ella misma proclama: "La gratitud no es una virtud literaria". En esto hay un gran pensamiento que debemos aprovechar para no caer en el elogio barato para con las producciones del amigo, no digamos con las propias.

En el campo de la novela Rosario ha aportado logros interesantes dentro de los temas históricos, tal es "Oficio de Tinieblas". A juicio de la autora está mejor lograda que BALUN CANAN. "Actualmente trabajo en otra novela —manifestó a Roberto Vanegas— para la cual no hay título todavía. Creo que he resuelto algunos problemas fundamentales. Tengo ya la "hipótesis de trabajo", aunque pueden ir surgiendo modificaciones radicales, si son necesarias en el curso del desarrollo del texto: el ambiente, la historia, los personajes; me esfuerzo en mantener una sola línea en el tono, lo que desde luego, determinará el estilo. Hasta ahora, en los dos capítulos que he terminado, creo que el tono se conserva. Me preocupa si será una novela de mero entretenimiento que quizá no resulte muy entretenida. No creo lícito juzgarla sino hasta que esté terminada. Si fracaso como en RITO DE INICIACION, consideraré que lo único que he hecho es desembarazarme de dos obstáculos que me impedían escribir la novela verdadera, la importante y definitiva".

A esto se llama SINCERIDAD, grandeza, empeño por no considerarse nunca en la meta sino en tránsito, tratando de alcanzar una luz que siempre que nos acercamos más se aleja. Esta noble actitud, rebelde en su humildad, nos hace recordar a Blackmur:

"Here is the empty chair, and here, alas!
the awaited time, when time seems most to pass".

La inconformidad con lo producido es y será siempre la característica esencial de quienes de veras llegan a dejarnos algo trascendente, perdurable. Esos errabundos que ven en sus trabajos "la silla vacía" y se empeñan con amor en llenarla y vuelven al vacío, esos son los que se quedan. Los egoístas, los plumíferos, esos pasan y se pierden con los primeros vientos del invierno. Los que llenan de espuma sus copas no beberán la luz, la única que da perennidad al trabajo tenaz convertido en poema, cuento, novela, etc.

Rosario Castellanos es una enamorada del indio mexicano y por extensión del indio de América. En sus novelas y cuentos "expone bajo un nuevo enfoque las desiguales relaciones del blanco y el indígena, la explotación moral y material de éste por aquél, la discriminación social y económica, los prejuicios y la crueldad de la provincia tanto en el explotador como en el explotado". Además de BALUN CANAN y OFICIO DE TINIEBLAS, tiene publicada LOS CONVIVIDOS DE AGOSTO. Cabe mencionar que su novela BALUN CANAN ha sido traducida al inglés (Faber & Faber y Vanguard Press), al francés (Gallimard, París) y al alemán (Insel Verlag). Su libro de cuento CIUDAD REAL (1960), obtuvo el premio "Xavier Villaurrutia", codiciado galardón que en 1967 correspondió a José Revueltas.

También cultiva el teatro. En 1959 vio la luz pública su obra JUMTH Y SALOME, la cual mereció elogiosos comentarios de la crítica de su país y del extranjero.

Uno de sus cuentos más interesantes es CUARTA VIGILIA. Este trabajo ha sido incluido en la antología "Cuentos Mexicanos" del Instituto Latinoamericano de Vinculación Cultural, entidad que edita obras de calidad reconocida.

Adrede, hemos dejado por último el renglón relativo a Rosario Castellanos, poeta. Tiene muchas obras publicadas. Su primer poemario, TRAYECTORIA DEL POOLVO (1948), reveló a su autora como una genuina trabajadora, nueva en su expresión sencilla y cargada de imágenes. Se advierte en su temática una profunda soledad y una sucesión inspirativa que desemboca en lo humano, lo que diariamente asombra la mirada del hurgador de amuletos y esperanzas. Aceitosos reflexivos llenos de un movimiento interior donde pasan desbordadas corceles bajo una lluvia dura, despertadora, caracterizan sus producciones. Rosario penetra en el reino de la poesía. No se queda afuera, y en la hora especial de alondra antigua, llega a la casa representativa de la gracia suprema. Hay en sus poemas algo de "gives the truth to summer's lie" de que hablara E. E. Cummings. Verdad profética que reina en las aguas del don supremo y único del poeta: la intuición poética. Canta Rosario:

"Los ojos del gran pez nunca se cierran.
No duerme. Siempre mira (¿a quién? ¿a dónde?)
en su universo claro y sin sonido.

Alguna vez su corazón, que late
tan cerca de una espina, dice: quiero.

Y el gran pez, que devora
y pesa y tiñe el agua con su ira
y se mueve con nervios de relámpago,
nada puede, ni aun cerrar los ojos".

Frescura umbilical de húmeda liana. Verdad enfrentándose a la "summer's lie". Bajo el símbolo del pez, Rosario penetra en la alcoba de los poderosos y nos prueba que nada pueden, en rigor de verdad, ni aún cerrar los ojos. Entonces, preguntamos: ¿por qué tenerles miedo?

Para terminar, dejamos flotando dos celebrados poemas de Rosario Castellanos, quien une a su polifacética personalidad literaria, los dotes de maestra vocacional. Trabajó durante varios años en el Instituto Nacional Indigenista, en donde realizó una labor encomiable y a la vez de fecundas experiencias para su quehacer literario. Ahí conoció de cerca las necesidades y características de un fuerte sector de la población mexicana. Cuando ella se refiere a su experiencia en el Instituto Indigenista lo hace recordando lo aprendido mientras enseñaba. En la actualidad tiene a su cargo cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Sirva el ejemplo de esta mujer sencilla, sincera, trabajadora y consciente, para quienes desean alcanzar el trayecto de la autenticidad. Hacer literatura, honestamente hablando, requiere sacrificio, amor, y sobre todo no dejarse llevar por el remordimiento y las personales rencillas que opacan la tarea del creador hasta oscurecerlo. Mujeres como Rosario Castellanos deben ser leídas con profusión y detenimiento, ya que sus obras son un mensaje de fe y esperanza, donde el yo egocéntrico queda vencido por el yo creador, único motor positivo para los valores excepcionales como ella.

Agonía fuera del Muro

Miro las herramientas,
el mundo que los hombres hacen, donde se afanan,
sudan, paren, cohabitan.

El cuerpo de los hombres prensado por los días,
su noche de ronquido y de zarzapazo
y las encrucijadas en que se reconocen.

Hay ceguera y el hambre los alumbró
y la necesidad, más dura que metales.

Sin orgullo (¿qué es el orgullo? ¿Una vértebra
que todavía la especie no produce?)
los hombres roban, mienten,
como animal de presa olfatean, devoran
y disputan a otro la carroña.

Y cuando bailan, cuando se deslizan
o cuando burlan una ley o cuando
se envilecen, sonríen,
entornan levemente los párpados, contemplan
el vacío que se abre en sus entrañas
y se entregan a un éxtasis vegetal, inhumano.

Yo soy de alguna orilla, de otra parte,
soy de los que no saben ni arrebatar ni dar,
gente a quien compartir es imposible.

No te acerques a mí, hombre que haces el mundo,
déjame, no es preciso que me mates.
Yo soy de los que mueren solos, de los que mueren
de algo peor que vergüenza.
Yo muero de mirarte y no entender.

Soneto

Sea de río sin peces, esto he sido,
y revestida voy de espuma y hielo.
Ahogado y seco llevo todo cielo
y el árbol se me entrega malherido.

A dos orillas de dolor unido
va mi caudal a un mar de desconcielo.
La garza de su estero es alto vuelo
y adiós y breve sol desvanecido.

Para morir sin canto, ciego, avanza
mordido de vacío y de anoranza.
Ay, pero, a veces, hondo y sosegado

se detiene bajo una sombra pura.
Se detiene y recibe la hermosa
con un leve temblor maravillado.

ROSARIO CASTELLANOS (Mejicana).

ROQUE DALTON

CONFERENCIA DE PRENSA

*Memorias confusas
una y otra vez,
recogen el sueño
en amarga red.*

Claudia Lars

*Oh tú, animal revolcado en las
sociologías, obsesado por lo sexual...*

Después de tanta agitación para llegar a tiempo, ahora resultado llegando sudoroso y tempranísimo y (por supuesto) sin que nadie haya asomado la nariz todavía. Bueno, la verdad es que siempre me pasa así: habrá que esperar y tratar de refrescarme aquí, sentado y solitario, silbando en silencio de la garganta al estómago algo que se parezca a la Vereda Tropical. Mientras tanto, en otro subnivel del ego (¡Dios mío!) pongámonos solemnes: mi último poema desechado es toda una lección. Felizmente fui yo mismo quien lo desechó: estuvo en una gaveta dos meses y, al revisarlo ahora, fue condenado: out. Es que cuando uno acaba de escribir sus pobres cosas, éstas lo engañan fácilmente. Ah, el débil ojo, el desvalido ojo que no puede estresar poemas para sí; según él cada poema nuevo es una obra de arte incomparable por lo menos desde algún punto de vista (qué catarro tengo, madre mía). Claro, debo aceptar que el título de la primera parte no está mal: Llaves de la Salvaje Inocencia. Pero el problema no ese, el problema estriba en convencerme (estriba, qué palabra equina), el problema, digo, está en convencerme de que efectivamente he resumido correctamente mi infancia, cosa difícil no sólo por lo que fue de rara mi infancia, sino precisamente por la conveniencia de eliminar todo lo que no refleje, aunque sea aproximadamente, la infancia de quienes lean el poema. Incluidos David Alejandro Luna de Sola, de oficio biógrafo; Eraclio Zepeda, mi hermano de leche porque alguna vez chupamos de una misma teta; Frida Schultz de Mantovani, tan viuda; Rosa Lima, la pedorretera baleatista a quien todos nombran "la Rosa de los Vientos"; Talepate, mi maestro de trompo, en fin, y el Ministro del Interior de Honduras o el Paraguay. Me gusta en el poema lo referente a las ataduras sociales, a la Gran Alianza, como dice el texto, que por cierto hoy me traen tan herido. Pero creo que debo imprimir más aún al enunciado de los hechos el tono de inocente comprobación. Será en otro poema: éste es out pues con la infancia no se juega: matutinidades de reales vientos de Octubre, dominadas por una molición más añorable que toda la poesía inglesa, aprendizaje de estilos para bien vivir que al cabo sólo quedan persistiendo en calidad de la musiquita de un instrumento raro, pasado de moda al menos, sin ningún papel que jugar en esta edad tan aficionada al recuento enemistoso. "Retrotraerse es caer de espaldas, diciéndolo en el buen decir". Yo dije: mi infancia es un arma secreta y si adivinara frutos al final, reclamaría la patente. Los tiempos actuales pueden perdonarse: no recuerdo con rencor, amo los días de hoy, sin inconvenientes. Pero (si yo tuviera...) terminó esa edad, la era del pachuli, el siglo de los chupabesitos, los milenios amargos—incluso— del aceite de castor con jugo de naranjas. ¡Qué fiebres aquellas del peor mal de estómago! Bien fregado uno en la torre del mediodía, con el ilógico tas-tas de los dientes como en el infierno mínimo y oscuro debajo de la pícota

cobija chapina (donde Silvia—superada mi etapa de la dedicación a las primas—se transformaba en un diablito extraño y me decía: "Mira qué bonitos mis calzones" y luego salía corriendo, pero ya no como un demonio sino como una boba divina, anunciadora de camanances para niños) con los quetzalitos verdes, digo, la cobija, y sus puntas barbudas y tan entremetidas en las orejas y en la nuca, sediciosas más bien en el reino del sueño pacífico. Quisiera caer entonces (en vista de ello) en la pilita fresca de la gran casona de Sonsonate, entre los cisnes negros y las tortugas que nacen milagrosamente bajo las piedras secas e infinitamente pateadas y las lanchitas hechas con carapachos de copinol desvastados a puro pulso con la mitad de una gillette y un pedazo de lija número uno, igual que los amorosos capiruchos de carretes de hilo Llave (a propósito: hay que anotar en tu caja-del-recuento-de-deudas la última vez que escribiste sobre el hilo Llave, a saber: "Mándame también unas agujas y un carretito de hilo Llave del fuerte, pues como soy tan tonto para lavar los pantalones me facilito el trabajo con un pashte. Esto tiene el inconveniente de que los botones se arrancan con facilidad. Las agujas deberán ser introducidas subrepticamente pues el reglamento las prohíbe. No se preocupen demasiado por mí. Estoy bien, todo lo mejor que se puede, sobre todo del ánimo. El último interrogatorio fue especialmente idiota. Los oficiales mismos parecían convencidos de que sólo se trataba de probar que la policía política sirve para algo. Lo de mi culpabilidad o no, es cosa de los jefes, parecían decirme con su actitud. Si esta nota le llega normalmente hágamele saber de inmediato por la vía habitual. Reciba un millón de besos de... " Y yo que siempre perreo haciendo gozar con ese cuento de Frankenstein: madre sólo hay una), y caer también en ese sueño fresco y tocable al pie del agua verde y sus duros fantasmas paternales (hijole, hoy debí recoger las pruebas del libro de Caillois y corregir en galeras el poema de Pablo; ¡qué bellas ediciones vamos a hacer! Pero ahora es demasiado tarde, no podría ir y volver a tiempo. Aunque la verdad es que aquí sólo parezco un idiota. Vine demasiado temprano, ya lo dije. Mi excusa normal es la de no tener reloj, la más elaborada es la que explica que no compro reloj porque ya me aburrí de quebrarlos en mi perenne gesticular. Pero el problema verdadero es la falta de plata). Párpados, para qué los quiero. ¿Para echar fuera la vitralería hiriente del aire, los afares del mundo por pintarrajearnos el alma con su cuchillo sucio? ("No, esto es para otro libro, tácheme todo lo de arriba, Maishiro Medrano". Periferia; irresistible buscona de niebla). Debería haber tomado las pastillas para terminar con este asedio insalvable de lagartijas... ¡Ah! "Herida por el sol/el ojo alerta/parece una raíz que se despierta/y desde el fondo de la tierra sube": Finca Esther, 1952, con Napoleón, Luisón y Toño Alas—*flor de ilusión sueño de amor tralalalalal-tralailailá o tengo una perra que se llama la Canica*—Y Moncho Avalos (desnudo, haciéndose el dormido o el desmayado bajo la lluvia que escarbaba en la tierra y en la carne al caer, hasta que el Chino González lo agarró de los vellos y lo hizo saltar, pidiendo cacao) y todos los demás. Y el gran relajo, el gran chapandongo: nos tiramos guacaladas de orines en la disputa por el dormitorio, cuando el castigo para los perdedores sería dormir en el corredor mojado o en los dos cadáveres espantosos de los vestidos Fords que se podrían en el claro más cercano de la negra arboleda. A mí me capturaron los que yo pensaba que eran de mi grupo y me torturaron, echándome esterina derretida de una candela y nitrato de plata (poquito, la verdad) en la punta de la pirinola, hasta que Dios me iluminó para que le clavara a Luisón una escupida entre ceja y ceja. Todos eludieron cuando

vieron que la vaina iba en serio, pues Luisón se pegó la reculada del siglo gritando: "Suéltanmelo a este hijueputa". Truji-Truji dijo que para qué íbamos a pelear si éramos compañeros externadistas e incluso Congregantes Marianos y que mejor nos acostáramos ya, que algo es algo dijo el diablo y se llevó al Mariachi Vargas de Tecalitlán, que ya mucho joder y que además él tenía que irse para San Salvador de madrugada pues mañana era primer viernes y tenía que terminar su cadena de comunicaciones de nueve primeros viernes del mes seguido, pues si uno se la echa ya puede hacerse hasta comunista o por lo menos más puto que los gallos porque siempre que tenga ocasión de morirse, y unque seya en el centro del desierto de Sahara, siempre-siempre, digo tendrá a la par un confesor ducho en extremaunciones. Entonces terminó la guerra. Luisón y yo fuimos a mear juntos sobre una mata de manzanas pedorras (yo todavía lagrimeando un poco, pero dispuesto a reír de cualquier cosa) y, para mayor señal de armisticio, agarramos a Truji-Truji y lo amarramos de pies a cabeza y lo zampamos en uno de los Fords y no lo dejamos salir de la finca hasta el sábado. Eso es lo que quería decir de las lagartijas, señoras y señores. De las lagartijas y de las luces y de las golondrinas y de las rosas punzó corrompiendo sus venas inútilmente, pues bien a las claras se ve que van a desaparecer en sí mismas, pero por obra y gracia de la sequedad pulverizante (¡carajo de catarro! Podría decirse que es tan grave para mí como el ridículo para los latinoamericanos, si la misma frase no fuera tan ridícula y manoseada). Lo demás es pura atmósfera, pero lo cierto es que también aquí las paredes se descascaran. Es increíble pero es un hecho: aún en estos edificios nuevos y aparentemente duros como el vidrio. Parece mentira, insisto, pero tienen veinte o más pieles, feas y porosas, antes de que aparezca el noble ladrillo atrapado por el cemento caliginoso, con olor a caverna seca, de una caliginosidad conseguida a fuerza de mascar telarañas que sólo Lucifer sabrá cómo es que llegan hasta allí entre tanto rigor albañileril. Uno empaña un poco la vista y sus diversos estratos microscópicos dibujan cabezas de ángeles vomitando, perfiles de don Francisco Gavidia, Eolos furiosos, cuadros de Delacroix, multitudes, plazas de Abisinia con todo y su sol, glazas inversas para carpinteros sibilinos, embadurnamientos arrebólicos, crepúsculos, plectros del viejo Lito Landívar con todo y sus poemas para orquesta sinfónica. Tal vez debería salir, por otra parte, dar una vuelta por aquí cerca, pero no tengo para un té con limón ni para un trago decente. Solamente que a babosear en la librería de don Kurt (¿y esos cuatro tipos?) Buenas tardes. Parece que habrá una especie de público, ese disfraz de los intrusos, aunque no era eso lo convenido: tempestades todavía en los cajones negros de las nubes: como la ropa alcanforada, fuera de uso, de la anciana Fidelia. (No—momento—la cuestión de no querer público ni se acerca siquiera a cualquier idea exclusivista. Se trata simplemente de que no se cuecen los policías. Por lo menos más policías: seguimiento azorador, sobre todo si uno sabe que eso quiere decir asimismo, otro sí, también, que, por ejemplo, no puedo hoy por hoy echarme una amante sin que se entere el Director General de Policía). Qué vas a creer, Orfeo: de la única nube indestructible, cambiante de ciudad a ciudad, de mundo a mundo, en el sacrosanto oficio de desconcertarnos. Eso, y quemar los ár (parece que los periodistas están en el corredor, es confundible su cuchicheo animal. ¿Por qué no acabarán de entrar?) boles y dinamitar las montañas pobladas de resplandores marinos, de sal turbia, como las tranquilidades del ciego en una prisión de desesperados, oliendo como esas abejas coléricas que se enredan en el caballo y hacen roncamente "ziinnnn" (¿a

quién le decían de apodo "Zinnnn" porque parecía un zañudo pálido?) (¡Cómo tardan!) Ojalá no se suspenda la entrevista, necesito esos pesos como el estadígrafo apóstata una palmadita del jefe: todo el mundo debería leer las cartas de Dostoiévsky a su mujer y también mi interesante crónica, preñada de corolarios, sobre el diálogo acerca de Guatemala sostenido por Peña y Rubén Azócar mientras almorzaban en el derrengado Hotel Presidente con aquella profesora rubia de marxismo que creía que la vida es un aula poblada de chicos idiotas—crónica que no tiene nada que ver, por cierto, con la caverna económica de la correspondencia familiar dostoiévskiana, pero que me hace olvidar (ahorita) los problemas de la falta de plata en similar medida: distintas vías hay para alcanzar la tranquilidad de conciencia. Cómo se intercambiaron colmoyotes barbudos asustando a sus pobres portadores desde debajo de la piel del brazo, orejas lagrimeando una como gomosidad desde los filos agrietados. "En eso se conocen los obreros del Petén" dijo Peña, mascando casi su bigotón autónomo, como una araña de caballo, antes de que Rubén citara el aspecto turístico de una reciente Centroamérica, los viajes del irremediable Pablo, la fogosidad profesoral de César Godoy, la figura gorda de Virginia Bravo y ciertos personajes populares de las inmediaciones del Colegio de Infantes que no alcanzara a ver Miguel Angel Asturias, e iniciara dentro de aquel infernal intercambio verbal el mejor responso por la ingrata serpiente de cabeza amarilla que picara en la lengua al profesor sueco vestido de corcho, mientras éste le procuraba su diario baño de sol. Nombres fieramente amados desde el peor lado del muro confiante, sin un mástil al que apelar en los atardeceres que permitan ver lo que está detrás del horizonte en el gran espejo rojo del sol. Tú, la única a quien amo; no te reconozco desde aquí. Debería verte otra vez desnuda frente a la ventana, demostrándome que tu ciudad es la más bella del mundo. Era verdad, pero sólo cuando te servía de telón de fondo. El resto de los días horada las rosas con la sal de su aire. Eres el emblema del delirio royendo con dedos de ceniza viva y germinadora la vieja jaula del león, alguien con alta cifra (Oh sí, eran los periodistas...) *Qué tal qué tal si adelante si fui el primero en llegar mi sangre inglesa por vía de algún pirata imprecador debe ser la culpable creo que los demás no tardarán siéntense por favor y con /la boca olfateando/ sudor y venas verdes/.* Vete: eres lo que estorba la muerte, lo único que me hace rehuir desde que caí en la cuenta—y caí mal—del alma carrasposa que deberé sobrellevar hasta mi temido fin de fiesta solitario, claramente inhurgable para quien no se desnude con todo el corazón de rubores antes de espiar nuestra bella inocencia culpable. Vete: llévate las raíces. No quiero pensar en ti, debo olvidar la forma de pensar en ti, no sé pensar en ti, caramba, no sé pensar en ti: pero llevo ya demasiados años repitiéndomelo, y no sólo a solas. Dura lección cantar, caer en la poesía. Sin embargo fue una buena idea de nuestro propio corazón la gran salida que ya Pepe veía cuando lloré aquella noche en las sombras del auto, después de la reunión en el Partido. "Canta y no llores camarada". En otra ocasión sería todo lo contrario, es decir, el mismo tipo de llanto, el del inexcusable, pero en el fondo todo lo contrario. Fue cuando Gustavo me gritaba: "Yo soy miembro de la base Julius Fucik en Lima, donde milita también mi compañera y te digo pos cholo, que un comunista no llora nunca, tas jodio pos cholo". Y la niña Chofi, enojada mientras movía sus bellas manos de anciana ciega, alcanzaba a decir tantito antes de que le viniera la tos mala: "Qué va, las lágrimas son veneno para los hombres: por eso hay que sacarlas pa fuera sin vergüenza".